

TREINTA Y TRES DIAS

DE

-6-

ESPIRITISMO

Ó SEA

DESENGAÑOS DE UNA ESPIRITISTA

POR

Mercedes Echeverría de Vargas



La *Mujer Fuerte* es más rara y preciosa que las perlas que se traen de los confines del mundo.

La gracia, la hermosura, son vanas apariencias que desaparecen como el humo. El elogio inmortal de la *Mujer Fuerte* se funda en la virtud de la sabiduría, la piedad, la caridad y el temor de Dios. Las obras hechas por estos impulsos son las verdaderas.

Los Proverbios, Cap. XXXI Vers. 10

Lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo, es la gentileza de la mujer buena para el adorno de su casa.

Eclesiástico Cap. XXVI-VXXI

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DE LOS TALLERES DE N. S. DEL CARMEN

Delicias, 2303

1902

TREINTA Y TRES DIAS

DE

- 6 -

ESPIRITISMO

Ó SEA

DESENGAÑOS DE UNA ESPIRITISTA

POR

Mercedes Echeverría de Vargas

607835



La *Mujer Fuerte* es más rara y preciosa que las perlas que se traen de los confines del mundo.

La gracia, la hermosura, son vanas apariencias que desaparecen como el humo. El elogio inmortal de la *Mujer Fuerte* se funda en la virtud de la sabiduría, la piedad, la caridad y el temor de Dios. Las obras hechas por estos impulsos son las verdaderas.

Los Prover. Cap. XXXI Ver. 10

Lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo, es la gentileza de la mujer buena para el adorno de su casa.

Eclesiástico Cap. XXVI-XXI

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA DE LOS TALLERES DE N. S. DEL CÁRMEN

Delicias, 2303

1902

TRINIDAD Y TRES DIAS

ESPIRITISMO

PRESTIJIOS DE UNA ESPIRITISTA

Misericordias de Yaguas

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

SANTIAGO DE CHILE

1882

1882



INTRODUCCION

A LAS MADRES DE FAMILIA

A vosotras, madres de familia, dirijo la presente obrita. Ojalá encontréis en ella algo útil, que pueda servir para que agreguéis á vuestros conocimientos y os ayude á la enseñanza de vuestras familias y podáis con más facilidad inculcar en el corazón de vuestros hijos, la moral que encierra nuestra religión, base fundamental de la familia cristiana y de la sociedad en general.

No encontraréis en ella formas literarias, ni menos elegancia en el estilo; pero sí la verdad, dicha con la sencillez y claridad que me ha sido posible.

Os hablaré del Espiritismo. Trataré de descubrir el velo que oculta esta ciencia misteriosa, ya que sin conocerla se nos va introduciendo poco á

poco en nuestra sociedad. Intentaré poner en evidencia lo que realmente es el espiritismo, y daré á conocer los resultados que ocasiona, ya morales ó en el organismo de las personas.

Me dirijo á las madres de familia y á la mujer en general, porque ¿cuándo ésta no está obligada á inquirir, á indagar, á fin de ensanchar sus conocimientos para poder en seguida trasmitirlos á sus propios hijos ó á sus semejantes?

¡Cuántos bienes reportan á la familia las lecciones, los consejos de la mujer instruída!

Es preciso no olvidar que los buenos hijos son la base de la buena sociedad, y la buena sociedad forma lo que llamamos Patria, y ésta es grande cuando sus hijos llevan en su alma la idea de la moral.

¿Y quién si nó vosotras, sois las encargadas por Dios y la sociedad para inculcar tales principios?

La ciencia, que indudablemente debe estar arraigada en la inteligencia y en el corazón de la mujer, es la RELIGIÓN.

La mujer sin religión, es un cuerpo que no tiene alma. La mujer, pues, es el árbitro de los destinos de la Patria.

Penetradas del espíritu que encierra el pequeño opúsculo que os presento, no dudo que lo leeréis con atención, y le daréis la interpretación y acogida que deseo.

Si me concedéis toda vuestra indulgencia, me es grato deciros que se habrán colmado los deseos de

LA AUTORA



HISTORIA DEL ESPIRITISMO

La historia del Espiritismo se remonta á los primitivos tiempos; quizás desde la época de la creación del mundo ó más bien desde nuestros primeros padres, cuando habitaban en el Paraíso terrenal.

Pero refiriéndome al Espiritismo de hoy, podríamos fijar la fecha reciente en que se nos presenta con nuevas y misteriosas formas.

Hace 54 años, en una ciudad de Estados Unidos, vivía un hombre que era continuamente molestado con fuertes golpes en las puertas de su casa; lo cual le hacía que no durmiera en toda la noche, de consiguiente era para él motivo de grandes molestias. En vano trató, valiéndose de mil medios, hasta de la astucia para cerciorarse quién tenía la mala idea de incomodarlo de una manera tan terrible; pero todo fué completamente inútil, no encontrando ni enemigos, ni rastro alguno que le indicara la causa de tales ruidos.

Cansado el pobre Weekman, que así se llamaba este hombre, de tan misterioso alboroto, resolvió por fin irse á otra parte y abandonar aquella habitación.

No había trascurrido mucho tiempo, cuando vinieron á habitar la misma casa el matrimonio Fox con sus hijas Catalina y Margarita.

Pocos días después de la llegada de esta familia, principia nuevamente á sentirse la lluvia de golpazos hasta molestar á los Fox. Estos al principio no le dieron gran importancia, lo atribuyeron solamente á abundancia de ratas ó ratones. Al efecto tomaron sus medidas para acabar con todos ellos. Sin embargo, con asombro se vió que no había tales bichos en la casa; y los golpes, lejos de disminuir, aumentaron en fuerza y cantidad. Los golpes, ligeros al principio, tomaron en seguida la forma y fuerza de martillazos ó de chasquidos de látigos.

Un día la señora Fox, fastidiada de tanta bulla, hace la pregunta siguiente: ¿Quién llama y mete tanto ruido? Los golpes cesaron al punto. La señora continuó haciendo varias preguntas y todas eran seguidas de un completo silencio. Se le ocurre preguntar: ¿Es algún espíritu el que golpea? Se sintió entonces un golpe seco y prolongado.

Muchas otras preguntas se siguieron, pero no hubo contestación. Al fin dice la señora: ¿Qué edad tiene mi hija mayor? Se sintieron catorce golpes, claros y bien marcados. ¿Y mi hija menor? Dieron doce golpes seguidos.

Era esto muy exacto; los golpes correspondían á la edad de las niñas.

Muy sorprendida la señora Fox, corrió á contar á su marido lo que acababa de oír; pero éste no creyó, hasta que al día siguiente repitieron delante de él las mismas pruebas agregando además otras preguntas que fueron contestadas en el acto; continuando un diálogo animado asombrando por completo á Mr. Fox.

A partir de ese momento, corrió por todo el Estado, que el comunicarse con los seres invisibles, era moneda corriente.

Pareciéndole al práctico señor Fox que la fortuna venía en su busca, tomó la resolución de no perder la oportunidad que se le presentaba é hizo que tal novedad se la

pagaran los yankees á precio de oro. Al efecto, se trasladó á la ciudad de Rochester y abrió allí una oficina de comunicación con los espíritus, donde acudían las gentes á millares.

Los espíritus por su parte, no lo dejaron mal, acudiendo con frecuencia á las citas que se permitían darles las señoritas Catalina y Margarita Fox, heroínas ó *medium* de aquella que desde un principio la llamaron RELIGIÓN ESPIRITISTA.

A medida que avanzaba el tiempo, las apariciones de todo género se sucedían. En fin, las transformaciones iban en aumento y la caja de Mr. Fox se llenaba de oro con rapidez.

Los Fox tuvieron la habilidad de ayudar á los espíritus, proporcionándoles una clave que les hiciera más fácil la comunicación con los vivos, es decir, consistía en dar tales y tantos golpes para cada una de las preguntas más usuales, y los espíritus la aceptaron gustosísimos.

Pero como esto sería discurrir muy poco, porque así no podría seguirse una conversación sino á medias, acordaron servirse del abecedario y de la escritura; así de ese modo pudo llegar á establecerse la comunicación entre los seres descarnados y los parroquianos de Mr. Fox.

Tal noticia no podía menos de picar la curiosidad de muchos, así es que la familia Fox tuvo muy luego numerosos competidores; pero ellos como descubridores, tuvieron siempre preponderancia sobre los demás. Noticia de tal magnitud no podía quedar sólo entre los americanos; llegó muy en breve á Europa y con la rapidez del rayo, esparcióse por todos los países, distinguiéndose por su entusiasmo las ciudades de Turín, Londres, Génova, Venecia, y otras, en que se dieron repetidas sesiones públicas de espiritismo á las cuales asistían personas de respetable posición social.

Pasaré ahora á referir como y por qué me hice espiritista:

Esto fué sólo debido á una casualidad:

Jamás había llamado mi atención todo cuanto se relaciona á hechicerías, mesas giratorias, espiritismo ó cosas parecidas.

Siempre creí que todo esto no era más que pérdida de tiempo y puras supercherías; de consiguiente siempre me creí á cien leguas distante del espiritismo.

Fuí una noche á hacer una visita á una respetable familia amiga mia.

A mi llegada, noté algo extraño en aquella reunión; cierta frialdad, que francamente me mortificó un tanto. En un instante llegué á creer que mi visita era importuna y fué para mi un momento de confusión. Pero la dueña de casa, amable é inteligente señora, muy luego me quitó tal idea. Me dijo: «Estamos en una sesión de espiritismo, ¿quisiera Ud. ver?» Yo me sorprendí; pero en el acto contesté á mi amiga que sí. Acepté mas bien por no interrumpir, que por curiosidad francamente, no tenía interés en conocer tales cosas.

Me fijé entonces que al extremo del salón había una pequeña mesa y medio diseminados, cerca de ella, varias señoritas y caballeros que se habían levantado en el acto de mi llegada.

Al oír la voz de mi amiga, que les hacía continuar; cuatro personas se sentaron al rededor y extendieron sus manos sobre la mesita.

En ese momento la sala quedó completamente silenciosa; nadie hablaba: las cuatro personas de la mesa permanecieron serias y cabizbajas.

Yo por mi parte, no me daba cuenta de lo que estaba pasando; me fijaba en cada una de las personas, las cuales permanecían absortas; parecía que á todos se les había olvidado que hacía apenas un momento que yo había llegado. Quise hablar y no me atreví; ni hallé quien estuviera en disposición de oirme.

Por fin, al cabo de diez minutos de religioso silencio, una de las cuatro personas que rodeaban la mesa, hizo esta pregunta: ¿Hay aquí algún espíritu? La voz acom-

pasada y el tono bajo en que fueron pronunciadas y luego los ojos fijos en un solo punto de la mesa, me causó tanta extrañeza que no puedo explicarlo. Este personaje era un jóven como de veinte y seis años de edad, de semblante pálido, y una gorrita de paño que caía sobre su frente, no sé si sería por ocultar su rostro de las cuatro luces de gaz que había en el salón; ó porque así podría reconcentrar su pensamiento para algo que lo preocupaba mucho; lo cierto es, que el jóven tenía en ese momento una gravedad particular.

Ahora que lo sé, puedo decir que aquel jóven hacía de medium en esa sesión.

Por eso al preguntar el referido *Medium*: «¿Hay aquí algún espíritu? Se lo preguntaba á la mesa.

Debo advertir que sobre la mesa había escrito un alfabeto de la lengua Castellana.

La mesa dió un golpe.

El *Medium* dijo: ¿A quién llamamos?

Todos fueron de opinión que se llamara al espíritu de un grande hombre, de un Héroe muy conocido de todos.

Medium.—Espíritu quien sea que fueres, dínos ¿podrá venir el espíritu de.....? La mesa dió un golpe.

Medium.—Bien, puede venir, lo esperamos!

Trascurridos cinco minutos, la mesa se movió á distintos lados.

Medium.—¿Qué espíritu ha llegado?

La mesa principió á dar golpes, de modo que cada tantos golpes correspondía á una letra de nuestro alfabeto, hasta llegar á formar, con toda claridad, el nombre y apellido del héroe que todos pedían.

Cuando se anunció la llegada de este personaje, no solo el *Medium*, sino todos los de la reunión lo saludaron con respetuoso cariño. El, por medio de la mesa y con sus respectivos golpes, formó la palabra gracias!

Hasta entonces yo no hacía otra cosa que reirme interiormente y mi sorpresa subía de punto al ver que con tanto recogimiento y seriedad pudieran jugar con una mesa.

¿Cómo es posible, pensaba yo, que jóvenes inteligentes, caballeros y señoras de respeto, estén haciéndose los que creen, y puedan permanecer tan formales, ¿ó será por burlarse de mí? Todas estas ideas absurdas, se venían á mi imaginación.

Medium.—¿Qué se pregunta al espíritu de..... ?

La señora entonces, me dió la preferencia para que preguntara algo referente á mi familia. Indiqué saber si mi padre ausente muchos años, vivía ó nó.

El *Medium* repitió mi pregunta.

La mesa contestó por un golpe, que sí.

Medium.—¿En que parte?

La mesa formó con golpes las palabras siguientes: «Washington, Lyberty Street número 2,221.

Esto aunque me sorprendió; pero no me hacía creer todavía.

Seguí haciendo infinitas preguntas, las que el *Medium* repetía y la mesa con sistemática puntualidad contestaba.

Yo decía continuamente: ¡Ustedes mueven la mesa!

A pesar de esto no conseguí que aquellos y aquellas señoras, dejaran de estar tranquilamente serias, como cuando se trata de un asunto de mucha importancia.

El *Medium* continuaba preguntando y recibiendo con toda paciencia las contestaciones de la mesa.

Por último se me ocurrió hacer una pregunta, cuyo dato solo era sabido en esa reunión por mi misma y creí imposible que la mesa pudiera contestar. Pues, la mesa por medio de sus golpes contestó con toda exactitud!

Al oír tal contestación, me causó gran asombro, y quedé como petrificada, no me reí ya; creí que había en todo esto un fenómeno desconocido y me quedé abismada; me encontré de repente sin saber qué pensar; la respuesta que la mesa acababa de darme, no podía ser casual.

El *Medium*, al verme tan seria, preguntó: Se ha equivocado, acaso el espíritu?

Dije: precisamente es lo que yo puedo asegurar, que no se ha equivocado.

El *Medium*, dió por terminada la sesión, despidiéndose del Espíritu con toda cortesía y dándole las gracias por haber tenido la amabilidad de querer venir á hablar con nosotros.

Yo me retiré á mi casa, muy preocupada con lo que acababa de ver. No deseaba creer; pero sí quería indagar para cerciorarme por mi misma si fuera posible, qué había de verdad.

Deseaba saber si era un juego habilmente coordinado, ó era cierto que los espíritus venían. Tomé la resolución de hacer pruebas hasta convencerme. Por otra parte me encontraba sin tener con quien hablar confidencialmente sobre el particular.

Al día siguiente teniendo muy en mi memoria lo que los espíritus habían dicho respecto de mi padre, escribí tres cartas dirigidas á personas que residen en Estados Unidos, enviándoles al mismo tiempo las señas del lugar, calle y número de la casa habitada por mi padre. Les pedía también, en caso de que existiera, me enviasen un telegrama.

Dada la respetabilidad de las personas á quienes me dirigía yo estaba segura que cumplirían con exactitud mis encargos. Eso sí que tuve buen cuidado de no decirles en mis cartas, que tales noticias las había obtenido por medio del espiritismo; porque temí que esos señores, entre ellos, uno que es mi propio hermano, me tuviera por loca.

Todos me hallarán razón que con tanta ligereza hubiera dado semejante paso. ¡Se trataba de un padre ausente tantos años!

Me dediqué, pues, á hacer la prueba si podría conseguir electrizar la mesa. Arreglé el alfabeto en la forma que se me indicó. Hice algunas preguntas que me fueron contestadas con bastante negligencia.

Faltaba saber quien en mi casa podría ser *Medium*.

Hice esta pregunta y la mesa valiéndose por primera vez del abecedario, dió con ligereza los golpes necesarios hasta formar mi propio nombre y apellido

No puedo negar que tal revelación me llenó de satisfacción; pues ya tendría yo amplio campo para decifrar el misterio de lo desconocido; para transmitir á los demás lo que me enseñaran los espíritus en caso de haberlos. ¡Qué de cosas útiles iba á saber! ¿Sería verdad, que vinieran los espíritus? Dicen que son las almas de los que mueren: Entonces vendrían á mi llamado los bienaventurados que están en el cielo; las almas de los que están purificándose en el purgatorio: hablaremos también con los desgraciados que despreciaron la ley de Dios en este mundo por seguir sus propios instintos y allá habrán recibido el castigo de sus malas obras; ellos mismos nos contarán todo esto. Consolaré á mis amigos dándoles la buena nueva como deben llevar sus negocios. ¡Oh, si es así, ¡qué grande es el espiritismo! ¿Por qué todos no son espiritistas?

Todas estas reflexiones me hice, y otras más, cuando supe que serviría de *Medium*.

Principié, pues, mis estudios espíriticos, con entusiasmo y curiosidad; pero siempre con el ánimo de convencerme de la verdad.

Todo el tiempo que mis ocupaciones de dueño de casa me lo permitían, me sentaba alrededor de la mesa con dos ó tres personas que me acompañaban en esta tarea. Momentos después la mesa se movía y los golpes no se hacían esperar.

Cada día, el flúido eléctrico ó los espíritus se presentaban con más facilidad. La escritura era lenta al principio, luego pude hacerlo con suma rapidez.

Apenas mis manos tocaban la mesita, los espíritus se presentaban dando á conocer sus nombres.

Pocos días habían trascurrido y ya la lista de los espíritus era muy larga, de nacionalidades distintas. Unos eran americanos, otros italianos, franceses, españoles, ingleses, chinos, alemanes, etc.

Demostraciones de golpes en los techos, en las puertas, sombras, durante y fuera de las sesiones no faltaban.

En fin yo progresaba en el arte de los espíritus.

Hubo vez que la mesa no esperó que yo fuera á buscarla, ella sola se vino á recibirme.

En esta tarea pasé *treinta y tres días*.

¿Me convencí de que el espiritismo existe, que es bueno, que efectivamente vienen á nuestro llamado las almas de los que mueren?

Lo iré diciendo en los capítulos siguientes.

¿Existe el Espiritismo?

He ahí una pregunta difícil de contestar.

¿Podremos decir que existe el espiritismo, cuando lo que se dice, lo que se escribe, no son más que suposiciones?

¿Sabemos si lo que hoy llamamos espiritismo, sea un fenómeno que en un día más ó menos lejano, se nos manifieste tal cual es, deje de ser un misterio y resulte ser *causa* natural?

Esta idea ha venido algunas veces á mi mente.....

Dejaré á un lado estas dudosas consideraciones para decir lo que creo del espiritismo.

Qué el espiritismo existe, es indudable.

No se concibe que el movimiento de una mesa ó de otro objeto cualquiera sea debido á la *electricidad*. Llamo electricidad á este fenómeno desconocido, por creerlo más adecuado, basta que se diga que nosotros mismos llevamos este fluido impregnado en nuestro ser y que casi todos los descubrimientos de hoy día, están basados en esta chispa luminosa.

Creo que el espiritismo existe; porque no sería suficiente motivo que dos, tres ó más personas formen una cadena juntando las manos sobre una mesa y esta se mueva á voluntad del individuo que hace las veces de presidente ó de *Medium*.

Creo que al infiltrar el fluido eléctrico sobre la mesa, éste sirva de trasmisor para atraer allí una inteligencia

superior que contesta á una pregunta, que escribe, que dá golpes, que lee y trasmite al papel el pensamiento de una persona:

Que á veces acierta con la hora y el momento, con la edad de una persona que no está allí presente y que los que están reunidos tambien la ignoran; con el año, mes, día y hora en que murió tal ó cual persona, etc.

Es preciso que la mesa entienda la pregunta que se hace para dar una contestación; porque entonces golpea-ría al acaso, sin tino ni orden. No podría formar una palabra hasta no dar una contestación. Mientras se vé que elige con toda agudez las letras que han de formar las palabras y á veces tambien se anticipa á contestar á una pregunta que se hace por allá retirados de la mesa.

Otras veces la mesa toma parte en la alegría general de la reunión, corre, desviándose de las manos que la sujetan; se le dice baila i lo hace; vaya é inclínese delante de aquella persona i tambien lo hace.

Me ocurrió en varias ocasiones entrar á una pieza donde sin saberlo yo, magnetizaban ó electrizaban una mesa y ésta corrió á mi encuentro; varias personas se esforzaron en sujetarla cargándose en ella, y no pudieron conseguirlo hasta que llegó á mí y quedó afirmada sobre mi brazo.

En otra ocasión cité á un espíritu á las nueve y media de la noche y como no me fué posible á esa hora acercarme á la mesa; á la misma hora convenida, se sintieron fuertes *pasos* en la pieza siguiente y grandes golpes en las puertas. Apenas puse las manos sobre la mesa principió á moverse, y tambien mi mano derecha. Tomé papel y lápiz y mi mano escribió: *He llegado con exactitud, me anuncié por pasos y por golpes.*»

Me ha acontecido tambien, que estando solo y en actitud de escribir: Apenas en mi imaginación he formulado una pregunta, mi mano la ha contestado inmediatamente y he formado un diálogo mudo por mi parte y escrito por mi propia mano. Las contestaciones de este

extraño diálogo, me hacían asombrarme, porque eran constestaciones raras. Lo mismo que cuando dos personas tratan de un asunto importante; pero que no están de acuerdo en todo; el uno dice «tal razón»: el otro: «pero hay que agregar esto, porque daría tal resultado»—«No me parece dice el uno»: «pues es así, dice el otro».

De manera que entre un *Medium* y una mesa hay *dos* voluntades, puesto que el uno dice negro y otro dice blanco.

Hay entoces una inteligencia que hace mover la mesa.

Un pedazo de madera no entiende, no habla, no puede obedecer, ni responder á una pregunta.

Dije una vez: ¿en qué está pensando don fulano? caballero que estaba distante de la mesa.

La mesa escribió por mi mano: «en tal cosa». Era exacto; pero el caballero dijo en el momento: pero falta algo. Mientras el caballero hacía esta observación, ya mi mano completaba el pensamiento del caballero.

Hay personas que dicen: no hay tal espiritismo, es solo un fenómeno de hipnotismo.

Entiendo por hipnotismo la trasmisión de la voluntad ó el pensamiento de una persona á otra.

Pero aquí, en lo que se llama espiritismo vemos que no hay trasmisión de voluntad, porque al contrario vemos en el diálogo anterior, el *Medium* tenía una idea y la mesa ó un espíritu tenía otra.

Ahora ¿cómo mi mano escribió el pensamiento de una persona que se encontraba á gran distancia de nosotros? ¿quién impulsó la voluntad del caballero para traerla hasta mi mano?

Otro ejemplo nos probará que no es trasmisión de la voluntad del *Medium*: una persona escribió en un papel algo, lejos de la mesa, y en un sobre cerrado lo puso sobre ella: Me dice: «que conteste á eso». Por medio de golpes primero, y por la escritura despues, recibió los datos que pedía dentro del sobre y con exactitud.

Se comprueba que no es hipnotismo, pues en el caso que antecede no ha habido modo que se transmita la voluntad.

Los hechos, la razón me dicen que existe el espiritismo; pero, ¿es bueno? ¿debe creerse en él? Lo veremos en los capítulos siguientes.

¿Debe creerse en el Espiritismo?

En el presente capítulo me ocuparé de narrar algunos diálogos que tuve en distintas sesiones de espiritismo.

Omitiré por completo algunos de ellos, por creerlos inconvenientes, ó porque teniendo que suprimir nombres propios se hace más difícil la redacción: Además necesitaríamos de mucho espacio para referirlos todos.

Señalaré para mayor facilidad y evitar repetición de nombres, la palabra *Medium*, con solo «M» y *Espíritu* con la inicial «E».

Cuando me introduje al espiritismo, quise observar con estricta escrupulosidad, todas las reglas del arte, es decir, hice lo que se me dijo hacían los grades espiritistas cuando evocaban á los descarnados.

Con la mejor intención y devoción principiaba las sesiones, dirigiéndome á Dios para pedirle que alejara á los espíritus malos, jocosos ó burlones y mandara al rededor de la mesa solo espíritus benévolos.

Hecha esta oración, con recogimiento debido, pedia que viniera el *espíritu* de un grande hombre, si así me lo pedían. Momentos despues, la mesa se ponía en movimiento, ya rápido ó lento; según el carácter que el evocado tuvo en vida.

Desde los primeros días, no me cupo duda que eran espíritus los que contestaban á mis preguntas.

Un día, llamábamos á una persona de mi familia; la mesa comenzó á moverse, ó más bien á remecerse.

Medium—¿Ha llegado el espíritu que llamé?

La mesa no se movió.

Pasado un rato volvió á principiar el mismo movimiento brusco que al principio, como llamando la atención.

M.—¿Qué espíritu se encuentra aquí?

E.—«Soy E. G.» (con todas sus letras.)

La admiración de toda la familia fué muy grande al oír tal nombre. El nombre que acababa de aparecer era el de una amiga que había dejado de existir hacía muchos años y nadie tenía para qué recordarla aún.

M.—¿Porqué ha venido? ¿se le ofrece algo?

E.—Sí.

M.—¿Qué necesita?

E.—Doce rosarios y una misa.

Este espíritu se negó á hablar por golpes, movió mi mano como para que escribiera; tomé un lapiz y escribí por primera vez, con gran asombro de todos.

M.—Le prometemos á Ud hacer lo que nos pide.

E.—Gracias.

Pasados muchos días estábamos en comunicación con un espíritu que la historia nos cuenta sabía mucho de Astronomía. Concluíamos la sesión con lo siguiente:

M.—Y en la luna hay habitantes?

E.—Eso lo sabrás el día del Juicio final.

M.—¿Nada más puedes decirnos?

E.—Sí, dice E. G. que le manden decir la misa que ofrecieron hace días.

Ciertamente dijeron todos, le debemos la misa.

Como habíamos cumplido rezándole los rosarios, no nos habíamos acordado de mandar decir la misa á la E. G.

Un día puse las manos en la mesa y en el acto se movió.

M.—¿Quién se encuentra aquí?

E.—E. G.

M.—¿Como lo pasa E. G?

E.—Tu hermano que está en el Perú ha muerto.

Como yo no creía todavía en el espiritismo, la noticia, aunque de trascendencia, no me causó mucha impresión.

M.—¿Es verdad?

E. — Sí, hace ocho años.

M. — ¿Fué acaso de una herida que le hizo un bandido?

E. — No, de esa herida sanó: ha muerto de una enfermedad que contrajo en las minas.

M. — ¡Ha muerto en una mina!

E. — No murió allí, sino en el pueblecito de..... Se había casado y su mujer tiene el dinero que á él pertenecía.

M. — ¿Deberé yo exigir algo de ese dinero?

E. — No, porque ella es pobre y son poco más de ocho mil pesos.

M. — ¿Podría yo hablar con mi mismo hermano, puesto que ha muerto?

E. — Sí. (desapareció)

La noticia de mi hermano y los muchos detalles que omito me hicieron creer que era verdad. Al mismo tiempo alguien recordó que mi hermano había hablado de una rica mina en una ocasión. Me decidí á llamar al espíritu de mi hermano.

M. — ¿Qué espíritu se encuentra con nosotros?

E. — Tu hermano E. F. R. (con todas sus letras)

M. — Eres tú en realidad! ¿Entonces, es verdad que has muerto?

E. — Sí, en el lugar de..... hace ocho años:

M. — ¡Qué gusto tengo de que estés aquí!

E. — Mucha satisfacción es para mí poder hablar con mi familia.

M. — ¿Primera vez que te encuentras con nosotros?

E. — Siempre he estado con Uds.; donde tú vas ahí te acompaño y siempre te acompañaré.

Una hermana mía que estaba presente, pero no en la mesa, dijo: y porqué solo á tí te acompañará? Esta fué una consideración que hicimos aparte, sin preguntar á la mesa. Pero la mesa contestó inmediatamente, como persona que está atenta á una conversación.

E. — A todas las acompaño á veces; pero á..... (mi nombre).... la acompaño á toda hora; porque C. es mi

hermana muy querida en la tierra, porque ella tiene compasión de A. y S. que son muy dignas de sus cuidados; ya que se ha impuesto este deber, cúmplalo y yo por esto tengo mucha alegría.

M. — ¿Eres feliz en el mundo donde vives?

E. — Sí, así, así.

M. — ¿Te falta algo para ser feliz?

E. — Sí, algo.

M. — ¿O estás en el infierno?

E. — No.

M. — ¿Mucho te falta para llegar á la presencia de Dios?

E. — Sí.

M. — ¿Estás en el Purgatorio?

E. — Sufro.

M. — ¿Te gustará que tus hermanas rueguen por tí?

E. — Mil gracias, mis hermanas; sí, sí, sí.

M. — ¿Quieres misas?

E. — Catorce.

M. — ¿La misa es devoción muy grande?

E. — X.

M. — Antes de despedirnos, para que nos manifiestes que eres tú, saluda á tus hermanas con una inclinación.

Así lo hizo; la mesa giró y llegó donde estaban sus hermanas y sobrinas y se inclinaba; pasando de largo por enfrente de las que no eran sus parientes.

M. — No te vayas, dime ¿quién llega y cómo se llama?

E. — «G... mi cuñado querido.»

Al mismo tiempo se movió la mesa y se inclinó al lado de éste.

M. — ¿Te vas ya?

E. — «Wáshington, mi padre vive, debes ir tu allá, fortuna cuantiosa.»

M. — ¿Entonces tú también sabes de mi padre?

E. — «Debes llevar habil abogado chileno, honorario cuarenta mil pesos.»

M. — Adios, querido hermano.

E. — «Adios.»

Todo lo que escribió este espíritu fueron siempre, muchos y buenos consejos y con frecuencia se aparecía y yo lo recibía con gran gusto.

Ya no era posible dudar más del espiritismo. Con la venida del espíritu de mi hermano, casi me decidía á creer; pero siempre me asaltaban algunas dudas.

II

Los ocho ó diez días primeros, se presentaron espíritus que casi no me dejaban lugar á dudas de que fueran almas de los que vivieron en este mundo.

Algunas veces también, llegaban espíritus jocosos, é interrumpían la conversación; pero generalmente eran espíritus muy buenos, devotos, prudentes, bien intencionados, se presentaban dando buenos consejos.

Si se hacía alguna vez una pregunta algo indiscreta, parecía que se sonrojaban, al menos así se me figuraba, y contestaban «*No lo sé*» «*No puedo contestar á eso*» ó en lo mejor de una conversación se callaban, sin querer moverse ni la mesa, ni la mano, aunque se repitiera muchas veces la pregunta y aunque se estuviera escribiendo muy rápidamente, como he dicho, si la pregunta no era prudente, la mano paraba al punto. Pero si la pregunta cambiaba, la mano seguía escribiendo y la mesa contestando con sus golpes. Yo creía, como dicen los espiritistas, «Los espíritus no delatan á nadie» corroboraba con lo que yo estaba viendo. A nadie hasta entonces habían delatado los espíritus. Iba creyendo: los espiritistas tendrían razón.

Un respetable caballero, abogado, incrédulo en materia de espiritismo, quiso un día presenciar una sesión; con la convicción, por supuesto, de divertirse un poco y viendo tan de cerca, poderse convencer que todo era una farsa. Había leído algo sobre espiritismo y á nada había dado crédito.

Principiamos la sesión colocándose él como á un metro

de distancia para cerciorarse si nosotros movíamos la mesa.

¿A quién quiere usted que llame? pregunté. Al espíritu de mi padre, contestó sonriéndose.

M.—Deseamos que venga el espíritu del señor R...

A los cinco minutos, la mesa se movió.

M.—¿Ha venido el espíritu del señor R?

E.—«Nó.»

M.—¿Qué espíritu habla?

E.—«R.» (el mismo apellido).

M.—¿Es el padre del señor R?

E.—«Nó.»

La mesa se agitaba moviéndose á todos lados.

M.—¿Quién está aquí en la mesa, entonces?

E.—«R.»

M.—Deseo que venga á la mesa el señor R.

E.—«No puede venir.»

M.—Usted nos engaña, díganos ¿quién es?

E.—«R.»

Estábamos confundidos por tanta negativa; no querer decir que era el padre del señor R, siendo el mismo apellido.

El señor R, me dice: pregunte dónde se encuentra.

M.—Tenga la bondad de decirme ¿en qué lugar se encuentra usted?

E.—«Estoy condenado.»

M.—¿Dónde?

E.—«En el infierno,»

M.—¿Por qué está condenado?

E.—«Fuí hombre malo, indiferente.»

El señor R. al oír ésto se sonrojó y un ¡Ah! se le escapó y dijo: Mi padre era bueno!

El caso era para mí muy apurado. La mesa primero hablaba por golpes; pero á fin de ligerear más, quisieron que yo escribiera.

Ahora estar escribiendo y echando al infierno á una persona que había dado en su vida ejemplo de virtud,

no podía ser: en ese momento hubiera querido encontrarme muy léjos de los espíritus! El señor R. podría creer que no había tales espíritus y yo le hacía una broma de tan pésimo gusto.

Mientras mi mano escribía, yo pensaba, qué pregunta hago que sea acertada?

Revolviendo mi imaginación, encuentro la siguiente:

M.—¿Es el padre del señor R. el que está condenado?

E.—«Nó.»

M.—Diga nombre y apellido paterno y materno.

E.—«N. R. C.» (con todas sus letras).

¡Ah! dijo el señor R., como quien sale de una pesadilla! efectivamente; ha existido ese hombre y era como él dice, malo é indiferente; como abogado tuve ocasión de conocerlo; lleva mi apellido porque era pariente mío.

M.—¿Por qué se nos presenta aquí?

E.—«Quiero que R. sepa donde me encuentro, quiero darle satisfacciones.»

M.—Para qué ¿no desea Ud. que él vaya al mismo lugar?

E.—«No quiero que los que están en el mundo vengan aquí.»

M.—¿Por qué?

E.—«Me horroriza referir los sufrimientos de los condenados.»

M.—¿Nos podremos librar de las penas del infierno?

E.—«Sí.»

M.—Como, ¿rezando distintas oraciones?

E.—Observando los mandamientos de Dios.

M.—¿Saldrá Ud., alguna vez del infierno?

E.—«Jamás podré llegar á la presencia de Dios.»

M.—Si Ud. quiere darle una satisfacción, camine donde el señor R.

La mesa caminó derecho donde él, se ladeó y quedó moviéndose sobre el pecho del señor R.

Este muy conmovido, le habló en latin y la mesa contestó por mi mano, lo siguiente:

E.—«Sí, es efectivo, se paga hasta el último maravedí.»

M.—¿Ud. es uno de los condenados que más sufren?

Al oír tal pregunta, la mesa se nos arrancó de las manos, corrió como tres metros en dirección á la puerta de salida. Fuí á traerla al mismo lugar y continué:

M.—Entonces hai otros que sufren más?

E.—«Sí, mucho más.»

Habían trascurrido cerca de dos horas, y el señor R. debía irse; pero la mesa, se movía de su puesto como atajándolo. Se conocía que quería hablar.

M.—¿Qué desea?

E.—«El perdón».

M.—¿Les sirve el perdón á los que están en el infierno?

E.—«Satisfacción».

M.—¿Le agrada que el señor R. lo perdone?

E.—«Sí, sí.»

El señor R. que durante la sesión en varias veces no había podido contener las lágrimas, se acercó y puso una mano sobre la mesa y con voz temblorosa le dijo: Te perdono, ¡adiós!

La mesa se ajitó por un momento y nos retiramos de ella.

El caballero se despidió diciendo, esto es algo muy admirable! La iglesia, sin embargo, prohíbe el espiritismo..... y meneando la cabeza se alejó.

III

Al espíritu familiar de mi hermano, quiso agregarse uno más. Era este el de una respetabilísima amiga mía que había muerto años há y por la cual tuve siempre respeto y cariño.

Una tarde estaba sola, con la mano puesta sobre la mesa en actitud de escribir. Llamé á mi espíritu familiar deseaba consultar un asunto de importancia para mí. Mi mano principió á moverse, mirando yo distraída á otra

parte; hice una pregunta y al fijarme en el papel, veo escrito el nombre y apellido de mi antigua amiga C. B. Me sorprendí sobre manera, no era este nombre el que yo esperaba. Con gusto la saludé. Ella contestó con su carácter entre serio y jocoso que tuvo en vida.

M.—¿Cómo ha venido Ud. amiga mía?

E.—«Seré tu espíritu familiar, te diré lo que te conviene, te acompañaré donde vayas.»

M.—¿Está Ud. en el cielo?

E.—«Todavía nó, pero muy luego iré allá.»

M.—¿Necesita algo de mí?

E.—«Nada más que atiendas mis consejos.»

M.—¿Entonces Ud. irá conmigo, aún fuera de casa?

E.—«Donde tú estés.»

M.—Dígame, ¿es verdad el espiritismo?

E.—«Sí, es verdad.»

M.—¿Debemos creer en él?

E.—«Sí, sí.»

M.—¿La misa es devoción muy grande?

E.—..... (no contestó).

M.—¿La misa es de gran valor?

E.—«Estúpida, chascona.»

M.—¿Qué significan estos insultos?

E.—«La» (insultos groseros).

M.—¿Es Ud. la señora que vá á ser mi espíritu familiar?

E.—«Nó.»

Entonces me persuadí que había llegado un espíritu burlón y dejé la mesa.

Muchas veces llamé á mis dos espíritus familiares: siempre se manifestaban prudentes como dos buenos amigos; pero en varias ocasiones fué interrumpida nuestra conversación por algún espíritu burlón que principiaba á saltar por el medio de la pieza ó á bailar hasta estrellarse con los muebles ocasionando en los presentes una hilaridad general.

Varias veces tambien, queriendo saber cosas descono-

cidas para nosotras ó de importancia general, al ir á contestar, se presentaba un espíritu grosero, diciendo cosas muy impropias, insultándome y diciéndome palabras desconocidas y confusas. Estaba claro, ese no era espíritu bueno.

Según los espiritistas, en el mundo invisible, se cruzan los espíritus á millares, no era raro entonces que ese hubiera aparecido; el remedio era retirarse de la mesa hasta un momento despues.

Lo que me parecía muy raro, era que todos los espíritus que asistían á mis sesiones, ó al principio ó fin me habían de decir algo de mi padre, haciéndome saber que vivía. Tambien me causaba risa que aunque habían sido en vida, unos pobres ignorantes campesinos, sabían escribir á la perfección la difícil palabra *Wáshington*.

Algunas veces me enojaba y les preguntaba: que si querían burlarse de mí que sin conocerme sabían que mi padre vivía en *Wáshington*. Me decían, «es que te conviene.»

Otra vez dije á un espíritu desconocido.

M. — Porqué he de ir yo, á E. U. y no mi esposo?

E. — ¡Oh, es muy natural, tu eres hija, pues. Arregla tus maletas, no sea que tu hermano que está allá..... treinta y seis millones tiene tu padre.

Esto me pareció un absurdo. Un hombre con 36 millones, llevando mi apellido y que no hubiera llegado á mis noticias ni á las de mi familia, esto no era cierto.

Para cerciorarme de la verdad, y conocer que todos los espíritus se equivocaban en este punto, dije: nadie mejor que el mismo *Wáshington* me lo dirá.

M. — Espíritu de *Wáshington* tendrá la bondad de venir á mi llamado?.....

M. — ¿Qué espíritu ha llegado?

E. — *Wáshington*.

M. — ¿Quién es *Wáshington*? ¿qué puesto ocupó en el mundo?

E. — Primer Presidente de E. U.

Toda la reunión lo saludó con el debido respeto.

M. — Podrá Ud. señor, contestar á mis preguntas, en castellano?

E. — Sí.

M. — Deseo saber si mi padre vive, donde se encuentra, qué nombre lleva allá, qué edad tiene, con quién fué casado en Chile, y cuántos hijos dejó. ¿Podría ir á ver todo esto?

E. — Sí.

M. — (diez minutos después). Ya está aquí. ¿Ha llegado señor?

E. — Su padre vive en Wáshington, se llama (mismo nombre y apellido) nunca se ha cambiado nombre, edad 84 años (el nombre de mi madre) dejó en Chile..... hijos. Calle... número... rico.

Exactamente igual á la noticia dada por el héroe chileno la primera vez que ví el espiritismo.

IV

Trascurrían los días y yo no cesaba de recibir consejos de mis dos espíritus familiares. Se mezclaban ya hasta en nuestros negocios. Uno de ellos instaba á mi esposo para que fuera á tal fundo, y sacara un entierro de pepas de oro que dejó enterradas, en tal tiempo don N. precisaban el lugar en donde se encontraba y agregaba el espíritu familiar, que al dar el espíritu de don N. tal riqueza, lo hacía por pagar servicios prestados á él por nuestra familia.

Yo no sabía ya que pensar de lo que pasaba; me tenían tan preocupada los espíritus, que por donde andaba, creía verlos.

Jamás he tenido miedo, pero cosa rara, ahora una sombra me asustaba; pero en el acto, también, se presentaban á mi imaginación mis dos espíritus familiares y parecía que ellos me sonreían y me daban valor.

Yo trataba de convencerme si lo que decían los espíritus era verdad.

Volviendo á los espíritus familiares, casi no pasaba día que no me trajeran un asunto nuevo y me daban acerca de ello paternales consejos. En muchas ocasiones que me quedé sola con las manos puestas en la mesa, en actitud de escribir, desarrollaba los mismos asuntos que habían traído delante de todos; pero eso sí, probando la confianza que tenían conmigo, se expresaban con mucha claridad.

Por ejemplo, haciéndome ver que no convenía tal amigo que no creyéramos en su amistad.

A veces defendía yo: Pero ¿cómo puede ser así, esta persona es de reconocida bondad. «Te engañas, es un hipócrita.»

«No fien en su amistad, destiérrenlo de tu casa, como á un condenado á muerte.

Llamé al espíritu familiar de mi hermano, y llegó.

Deseábamos varias personas hacer preguntas que nos interesaban vivamente. Al efecto después de saludar á mi hermano hice una pregunta y esperábamos con ansias la contestación: héla aquí:

E.—Quiero hablar con don N. (caballero que estaba distante de la mesa y ni se fijaba en lo que hacíamos) que se acerque aquí á la mesa.

M.—Pero será después que nos contestes á nosotros!

E.—A nada contestaré, si N. no se acerca aquí.

Le avisamos lo que pedía el espíritu; y él muy sorprendido se llegó á la mesa.

M.—¿Qué deseas del señor N? ya está aquí.

Yo no quise escribir; pero la mesa con rápidos y apresurados golpes principia á comunicar al señor N. una historia de familia: al mismo tiempo á darle consejos sobre qué partido debía tomar. Todos y principalmente el señor N. me indicó que tomara la pluma porque así iríamos más ligero. El espíritu hablaba con tanto interés, que no dejaba tiempo para que yo repitiera la pregunta, sino que ni hacía una objeción, ó manifestaba una duda; en el acto mi mano contestaba ó esclarecía las dudas. Fué un

diálogo interesantísimo, en el que el primero ó más bien dicho el espíritu, hacía las veces de consejero ó juez y el señor N. de reo.

El señor N. confundido y sonrojado, se olvidó, por completo que hablaba con un ser invisible y así se defendía con todas sus fuerzas. No me es posible referir esta sesión.

Las personas que presenciaron esta escena, también estaban confundidas.

Otro día evoqué al espíritu de un hombre que fué en vida una notabilidad. Entre otras cosas que no me contestó muy satisfactoriamente contestó así:

M.—Don N. ¿tiene enemigos?

E.—Muchos.

M.—¿Por qué tiene tantos?

E.—Por envidia.

M.—¿Usted fué enemigo?

E.—Sí, ahora no lo soy.

M.—¿Por qué está muerto?

E.—Porque ahora lo conozco.

M.—Y ¿tiene amigos?

E.—Sí, uno.

M.—¿Quién?

E.—Dios.

M.—¿Qué enfermedad tiene la señora? (presente).

E.—Cáncer al estómago.

M.—¡Qué imprudencia!

E.—Nó, es pura broma.

En el penúltimo caso, en la historia de familia, no estábamos impuestos de tal asunto y nos pusimos al corriente en la sesión. Hay que fijarse el empeño que puso el espíritu para dar á conocer una historia desconocida para todos los que rodeaban la mesa, y también usó de un modo imperativo y nos impuso con energía que no «contestaría á nada, si no venía la persona que el señalaba.

Quando en las sesiones había acompañantes, yo no miraba lo que escribía; conversaba ó trataba de entretenerme

para probarles que mi mano era impulsada á moverse por otra fuerza que la mía. Así muchas veces tuve que cortar una sostenida conversación al oír las risas de mis acompañantes que iban siguiendo con la vista lo que yo escribía y había veces que salían cosas un poco saladas para álguien de la reunión.

Quando yo estaba sola, sí, miraba lo que escribía por hacerlo más derecho; pero fijaba mi imaginación en alguna idea, pues, nunca escribía sobre lo que yo deseaba sino que salía un asunto nuevo y completamente desconocido.

Una de esas veces, mi espíritu consejero que siempre era tan bueno, principia á recordarme á una joven, y mi mano escribe una especie de biografía de ella.

Era juzgada tan cruelmente la infeliz, que yo quería sujetar mi mano; pero escribía, escribía con suma rapidez, como deben hacerlo quizás, las malas lenguas.

Por fortuna estoy sola, dije, y al levantarme de mi asiento rompí el papel con horror.

Llamé al espíritu de un sacerdote de reconocida virtud y saber. Me acordé, que nadie como él podría ilustrarme en varias dudas.

M. — Primeramente, dígame señor: la misa es lo más grande que hay?

E. — X.

M. — Por segunda vez me han dicho X. ¿qué quiere decir?

E. —

M. — ¿Quiere decir devoción por excelencia?

E. — Sí.

M. — ¿Porqué por excelencia?

E. — J. S. C.

M. — ¿Por qué escribe iniciales? Ud. señor, fué en el mundo persona tan ilustrada, ¿no encuentra una contestación fácil que darme?

E. — Bruta, ojos carruca, lesa, pacheca...

La mesa principió á saltar por todas partes.

M. — ¿Es este el espíritu del sacerdote N.?

E. — No.

Dije entonces: ¡ Otra vez un espíritu burlón !

V.

Raro fué el día que alguien no viniera á mi casa á presenciar una sesión de espiritismo, y muy raro también que esas mismas personas no volvieran gustosísimas á presenciar otra y otras.

Un día dijo un caballero que deseaba viniera el espíritu de su esposa: vino ésta y dió á su marido muchos consejos prudentes y morales; pero á renglón seguido principió á estampar en el papel barbaridades en disfavor del mismo caballero, calumniándolo groseramente.

Oh, dijimos todos, principalmente un antiguo espiritista que se encontraba allí ¡es espíritu jocoso, dejémosle!

Yo decía de cuando en cuando: parece que es verdad esto del espiritismo; porque noto que el carácter de las personas que he llamado, es idéntico al que tuvieron en vida.

Si el espiritismo es cosa del demonio, se me ocurrió decir un día, buen chasco se ha llevado con nosotros, pues nunca hemos estado más devotos y más buenos que ahora.

Nos pedían rezos algunos de ellos y nosotros tratábamos de complacerlos.

Se nos apareció, sin haberlo llamado, el espíritu de un caballero, al que conocí al momento en el modo sornático con que se presentó. Saludó como tenía costumbre de hacerlo en vida.

M. — ¿Conoce á las personas que están presentes?

E. — (Las nombró á todas menos á una, efectivamente no la conocía.)

M. — ¿Quién es aquel caballero?

E. — Mi hijo.

M. — Vaya á saludarlo.

Resueltamente se movió á un metro de distancia y retrocedió. Esto lo hizo dos veces y no llegó donde él.

M. — ¿Es que no ha querido saludarlo?

E. — No.

M. — ¿Por qué?

E. — ¡Hijo ingrato!

El caballero mudó de semblante y dijo: efectivamente me he portado mal con Ud., papá, le prometo que seré otro. La mesa se tambaleó á un lado y otro.

M. — ¿Cree en lo que le dice su hijo?

E. — Lo dudo.

M. — Se lo promete su hijo. ¿En qué lugar se encuentra?

E. — En el purgatorio, necesito cinco misas.

M. — Mañana mismo se las mandará decir.

E. — Gracias, mi hijo querido.

M. — Yo por mi parte le recordaré á su hijo lo que acaba de prometerle.

E. — Gracias.

Al caer la tarde del día siguiente, me empujan un brazo tocándome fuertemente con un dedo. No había nadie á mi alrededor. Al otro día se presenta el mismo caballero, es decir, su espíritu, sin haberlo llamado y dice:

E. — Ud. no le recordó á mi hijo lo de las misas, por eso yo le toqué el brazo derecho.

Era cierto que el hijo no había podido mandar decir las misas, debido á sus ocupaciones; pero lo hizo en seguida.

Un día se me había reunido bastante número de personas en la sesión. Dijo una señorita: llamemos á P.

M. — ¿Puede venir el espíritu del señor P?

E. — «Nó.»

M. — Sin embargo ¿hay un espíritu alrededor?

E. — Sí.

M. — Tenga la bondad de decir quién es.

E. — King.

M. — Ud. señor King, ha venido días ántes y no hemos

hablado con Ud. porque nos ha parecido ser chino y no entenderá lo que vamos á decirle, sírvase retirarse.

M.—¿Qué espíritu ha llegado?

E.—King.

M.—Señor chino, váyase Ud.

M.—¿Qué otro espíritu?

E.—King.

Viendo que no se iba, hubimos de retirarnos de la mesa porque deseábamos hablar con P. Dejamos pasar diez minutos y volvimos á formar la cadena.

M.—¿Puede venir el espíritu de P?

E.—No puede.

M.—Llámelo Ud!

E.—Nó.

M.—¿Quién es Ud?

E.—La querida Verosi.

M.—No la conocemos, ¿qué fué Ud?

E.—Escritora italiana.

M.—¿Qué nos puede contar Ud?

Principió la mesa á saltar y no la podíamos sujetar, causando á todos mucha risa.

M.—¿Es feliz Ud?

E.—Sí.

M.—¿Dónde se encuentra?

E.—Estoi condenada.

Confieso que me dió horror, me parecía ver á una mujer llena de soberbia, riendo y bailando en medio de su desesperante situación. Iba á retirar mis manos de la mesa y dijo precipitadamente:

E.—Quiero hablar.

M.—Habla.

Habló, pero como deben hacerlo las condenadas. Sólo insultos y obscenidades que á todos nos causó vergüenza, y arrancamos de ahí.

Uno de mis espíritus familiares me dijo, un día que hablábamos del fallecimiento de un caballero; que su muerte había sido tal año, mes, día, hora y de tal enfermedad.

Yo nada de esto sabía. Se sacó la fé de muerto y salió exacto.

Otro día me dijo mi espíritu. Conseguirás tal diligencia, cuando no hables de mí.

M. — ¿He hablado yo de Ud.?

E. — Sí, hoy cuando saliste, en tal casa á las cuatro de la tarde.

M. — ¿Ud. sale conmigo?

E. — A todas partes.

Era exacto que á esa hora me había ocupado de ella.

Supe que en una reunión de espiritistas habían preguntado: ¿sirve mandar decir misa á los muertos? No sirve de nada; pero no se lo digan á las señoras N. porque son muy beatas. Esto es desigual á lo que me decían á mí, puesto que en varias ocasiones me las habían pedido.

El espíritu familiar de la señora C. B. que no sólo me acompañaba en casa, sino también en la calle ó donde yo iba, me dice:

E. — No lo mires tanto.

M. — ¿A quien? (dije sorprendida)

E. — A tu marido.

Esto me causó risa.

M. — ¿Que lo miro mucho?

E. — Quiero decir, en cuanto á sus negocios, sus trabajadores, no le prives que gaste.

M. — Y si gasta demasiado ¿no podré advertirle?

E. — No, es preciso que haya más independendencia.

M. — Bueno, lo haré así.

Esta vez sólo se apareció á decirme lo anterior. Me fijé entonces en los negocios de mi marido y noté que sería bueno hacerle una advertencia sobre gastos excesivos; pero quise obedecer á mi espíritu familiar y no dije nada contrariando mis sentimientos.

No me sería posible enumerar la cantidad de sesiones que hice para darme cuenta cabal de lo que es el espiritismo. No me es posible copiar, como he dicho antes, las más interesantes cuestiones que se propusieron para desarrollarlas por medio de los espíritus.

Llamé un día á un poeta :

M. — ¿Pueden los espíritus hacer versos ?

E. — Sí.

M. — ¿Es verdad que Ud. ha compuesto *tales* versos que andan por ahí?...

E. — Sí.

M. — ¿Quiere tener la bondad de repetirlos ?

E. — No.

M. — Pero diga algún otro.

E. — Mi primera y última agudez, — Fué obra de mi cariño.....

Como me pareció ridícula la primera estrofa, le dije :

M. — No continúe Ud., se conoce que cuando el hombre toma la forma espírita, deja de ser poeta. Sus versos no son iguales á los que hacía en este mundo.

E. — Tonta, estúpida.

Llamé al espíritu de un niño de ocho años que había muerto hacía poco; pero al moverse la mesa se me presentó otro espíritu desconocido.

M. — ¿Puede venir el espíritu de C.?

E. — No puede.

M. — Por favor, llámelo Ud.

E. — No puede venir, *está en el cielo.*

En ese mismo momento, como á la altura de un metro hácia donde miraba, pasó *lentamente una nubecilla como de sesenta centímetros de diámetro.* Yo la seguí con la vista hasta que desapareció. Mi compañera de la mesa me oyó una exclamación; pero no supo lo que me pasaba por el momento. No le dije al instante porque creí que pudiera pensar que mi cabeza se extraviaba.

Un poco más y daré por terminado mi afán de convenirme ó no, si es verdad que el espiritismo consiste en que vengan al llamado de nosotros las almas de los que mueren.

VI

Una amiga mía, deseaba consultar un asunto de importancia con mi espíritu familiar. Quiso consultar por

medio de la escritura para saber su asunto con más brevedad.

M. — ¿En qué piensa mi amiga?

E. — En escribir una carta á N. (era exacto).

M. — ¿Marchará bien su diligencia?

E. — Alejandro ha muerto ayer á las cuatro de la tarde en Linares, en casa de N. Fué á un negocio de caballos.

En el momento que mi mano escribía, yo conversaba con mi amiga sobre la misma diligencia, y aún discutíamos sobre lo que sería más acertado hacer. Miro lo que he escrito y doy un grito de asombro. Alejandro era hermano de mi amiga á quien hacía dos dias habíamos visto bueno y sano. Asustada pregunto:

M. — ¿Es verdad que Alejandro ha muerto? ¿no es esto una burla?

E. — Es verdad: ha muerto de una enfermedad al estómago. Ya no nos quedó duda de que fuera cierto, pues el jóven ocho días antes había tenido unos dolores de estómago.

La familia se puso en movimiento. Se fueron á un fondo de los alrededores de Santiago donde el jóven vivía. Los sirvientes dijeron que había salido para el sur hacía dos dias, pero ignoraban donde estuviera.

Hétenos aquí con el susto y sentimiento encima sin saber que partido tomar. Dije, hagamos otra prueba para ver si es verdad que ha muerto. Llamémoslo á él mismo.

Dije á mi espíritu familiar:

M. — Si es verdad que A. ha muerto, ¿no vendría él á mi llamado?

E. — Sí, lo llamaré.

M. — ¿Quién ha llegado?

E. — Alejandro N.

M. — Por Dios! ¿ha muerto Ud.?

E. — Sí, ayer á las cuatro, en Linares.

M. — ¿De qué enfermedad?

E. — Estómago. La ambición me ha perdido ¡miserero de mí! Mi madre no sabe nada de mi muerte, avísela por amor de Dios.

M.—¿I cómo podré llegar allá sin tener un comprobante de su muerte?

E.—Ponga parte á Linares donde N. ó escriba.

La consternación de la familia iba en aumento, sin hallar que hacer. Se principió por poner partes y esperar la respuesta. Como á las cuatro horas, un parte fué devuelto diciendo: El caballero no vive en el lugar.

Volví á llamar al mismo espíritu y luego se presentó.

Yo en todo noté cierta rara confusión en este espíritu; pero lo atribuí á que habiendo acabado de morir, como ese trance debe ser muy apurado, se encontraría todavía con el atolondramiento natural. Le dije:

M.—No se ha encontrado el caballero donde Ud. murió.

E.—No ha recibido el parte, porque no lo han llevado al lugar pequeño de ese nombre donde él vive.

M.—¿Qué hacemos, entonces?

E.—Escriba y ponga parte al cura del lugar. Avísele pues, á mi pobre madre, vaya Ud. misma, se lo ruego.

M.—Pero sin que me contesten, ¿cómo puedo ir yo á llevar tan funesta noticia á una madre?

Me volví á mi marido y le dije: Anda tú! Se ajitó la mesa con un brusco movimiento y como si me hubiera dirigido á ella dijo:

E.—Nó, no, vaya Ud.

..... (y entró en disertaciones en favor mío).

M.—Si no fuera cierto que Ud. ha muerto, ¿qué haría?

E.—*No creer en el espiritismo.*

La impresión que me causó tan repentina noticia, me enfermó. Pensaba, cuando recibiera la contestación del señor cura ó de otras personas, cómo daría tal noticia á la madre.

Por otra parte, yo no podía declinar mi encargo á otra persona, porque el mismo espíritu me lo había pedido así.

La seguridad de mi espíritu familiar y del espíritu de Alejandro al dar tal noticia, nos hizo de lleno creer en el espiritismo. Agréguese á esto que un caballero nos dice:

En realidad hay un pequeño pueblecito que tiene el mismo nombre. Tomamos la Geografía de Espinosa y vemos que en realidad había un lugarcito pequeño de ese nombre cerca de la capital de la provincia (el nombre que doi aquí, no es el verdadero).

Comisioné á una persona para que fuera á visitar á la madre de Alejandro: no la encontró, porque la señora había ido á la casa de su hijo; porque esa misma noche soñó que á su hijo lo veía muerto, ¡qué rara coincidencia!

Llamé á mi espíritu familiar y le dije:

M.—¿Siempre está segura de lo que me ha dicho de Alejandro?

E.—Sí, murió.

M.—¿Lo enterraron?

E.—Esperan á la familia.

M.—¿Cómo es el nombre del cura?

E.—N. (es cierto).

M.—No se canse de mis preguntas, ¿y si resultára que todo esto es sólo una farsa?

E.—Diga Ud. entonces: Espíritus de
..... (una palabra)

Trascurrieron cuatro días y todo hacía creer que era verdad; la angustia de la familia continuaba, y no podíamos obtener contestación, ni el jóven se encontraba en ninguna parte.

Todas las personas que supieron tal noticia, no podían menos de exclamar: ¡Qué cosa tan grande es el espiritismo! yo, decía otro: ¡voi á propagarlo por todas partes!

Les dije; por favor, nadie propague nada; tengo casi formada mi opinión acerca de esto, espérenme un poco más y se la diré: He visto mucho ya y muy poco me falta para saber en qué he de quedar.

Me contestaron en coro: Ya lo sabemos, en espiritista declarada, pues.

Nada quise contestar.

Una tarde, después de comer, se paseaba mi familia

por los corredores y patio primero de la casa. Al sentir tocar el timbre se agolparon los niños á la mampara y miraron por los cristales para ver quien era.

De repente se siente un bullicio indescriptible; ello no eran risas, ni cosa que se pareciera: eran carreras y gritos de espanto. ¿Qué sucede, pues? — Alejandro, Alejandro, el ánima de Alejandro está allí..... cierto que está allí detrás de la mampara! Los ojos de algunos de ellos parecía que iban á saltar de las órbitas; otras pálidas como muertas y escondiéndose donde podían.

Fuí yo misma á la puerta. Efectivamente, estaba allí Alejandro, sano, robusto y vivo como siempre. Al verlo retrocedí un paso; pero me repuse inmediatamente y manifesté gusto de verlo.

El que divisó las carreras de los niños, se imaginó que algo muy grave sucedía en el interior de nuestra casa; pero al verme sonriente, cambió de ideas y dijo: ¡El gusto que manifiestan los niños al verme.....!

Yo dejé á Alejandro entretenido con la familia y me dirigí á un estante donde tenía un alto de papeles que eran otras tantas sesiones de espiritismo. Llamé á algunos de la familia y les dije: Van ustedes á saber todo lo espiritista que soy: He pasado 33 días ocupada del espiritismo. Me lancé dispuesta á creer lo que fuera razonable ó hubiera de verdad en él. Confieso que la balanza de mi inteligencia se inclinaba al espiritismo. Flammarión, Allán Kardec, la sociedad de espiritistas que se está formando en Santiago, me hacían creer que algo había, que debía creerse. En conclusión les diré y con toda convicción: Falso es, que vienen á nuestro llamado las almas de los que mueren.

Jamás han venido al rededor de la mesa. ¿Cómo? me dijeron:

Sí, creo que existe el espiritismo en esta forma:

Creo que la inteligencia superior que hace hablar y escribir á una mesa, es solamente *un* solo espíritu y que éste se transforma en muchos.

Me dijeron: ¿pero quién puede ser?

El espíritu del mal ó el demonio.

Con admiración de todos, rompí en el acto los papeles espirituicos y me fuí en seguida á la mesa acompañada de los que pude reunir.

M.—Venga el espíritu de Wáshington (se presentó).

M.—¿Es verdad que vive Alejandro?

E.—Murió.

M.—¿Cuándo?

E.—Hace días.

M.—¿No lo estás oyendo hablar en la pieza siguiente?

E.—La..... (un insulto grosero).

M.—¿Es decir que tu has mentido?

E.—(Otro insulto más grosero; pero como puede decirlo un yanque que no sabe hablar español sino muy á medias.)

Yo lo reté diciéndole farsante y varias cosas más. El me descargó un diluvio de groserías y agregando frases burlonas escritas en inglés; las examinaron y vieron que estaban bien escritas. Yo no sé escribir ni leer inglés. ¡Qué portento de maldad! Los insultos siguieron hasta que hubimos de retirarnos.

Tomé la resolución de concluir para siempre con el espiritismo, fundándome en las razones que expondré más adelante.

Para concluir este capítulo narraré el momento final de Treinta y tres días de Espiritismo.

No desmayemos, dije á la familia, concluyamos la obra que comenzamos con tanto afán.

Vamos todos, dije, á electrizar la mesa; pero no conseguí que se acercaran más que dos á formar la cadena.

Estábamos tres, suficiente, porque en muchos casos yo sola bastaba. Llamé á mis espíritus familiares que eran siempre muy atentos y venían en el acto. Ahora no llegaban. Repetí mis llamamientos; nada. Principié á llamar otros espíritus que siempre habían acudido á mi llamado; no venían tampoco.

Me puse con un lápiz en la mano en actitud de escribir; mi mano no se movía. Había trascurrido más de una hora y cansada de esperar y como no conseguía que la mesa ni mi mano se moviera, dije: ¡Venga un espíritu cualquiera!

La mesa entonces hizo un movimiento tan lento, que casi fué imperceptible.

M.—¿Quién eres?

E.—Soy N.

Ah! dijeron todos, por eso no lo veíamos tanto tiempo! Se ha muerto!...

M.—¿Qué se le ofrece á Ud?

E.—Como hermano en Jesucristo, vengo á entregarme en los brazos de ustedes (todo esto dicho con mucha timidez, la mesa y mi mano apenas se movían.

M.—No necesito que ningún condenado venga á entregarse en los brazos de nosotros.

E.—Yo suplico y lloro.

M.—No me importa que supliques ó llores.

Oír esto y lanzarme los insultos más groseros, las obsesiones más espantosas, todo fué uno, sólo el demonio puede hacerlo. Yo por mi parte lo insulté también; pero al instante era contestada con otro insulto peor. La mano tan floja al principiar la sesión estaba ya más ligera.

M.—Insultos no son razones: ¿quieres que hablemos con más calma?

E.—Sí.

M.—Díme, ¿por qué no venía ningún espíritu á mi llamado?

E.—Teníamos vergüenza.

M.—¿A quién?

E.—A tí.

M.—¿A quién más?

E.—(Fué nombrando á cada una de las personas que habíamos reunidas en la pieza, hasta á un perrito que ahí había). Sin duda para hacernos reír, como así sucedió.

M.—Díme la verdad, ¿quién eres?

E.— (no contestó).

M.— Has entendido mi pregunta, ¿quién eres?

E.— (nada).

M.— ¿No quieres que sepa yo quién eres tú?

E.— No.

M.— ¿Por qué?

E.— (no contestó).

M.— ¿Deseas tú que yo ignore quién seas?

E.— Sí.

Hice la misma pregunta en distintas formas, pero no lo conseguí. Dije entonces: *En el nombre de Dios yo te pido y te mando que digas quién eres.* Trascurrió un minuto y la mano escribió:

Satanás

Esto nos causó estupor á todos é instintivamente retiré mis manos de la mesa. Pero tuve ánimo y continué haciendo otras preguntas. Les rogué á mis compañeros que tuvieran sus manos quietas.

Principié de este modo:

M.—¿Por qué confiesas que eres Satanás?

E.—ME MANDARON.

M.—¿Quién?

E...... (no contestó).

Trascurrió un momento en que no sabía si seguir ó nó. Me resolví á seguir.

M.—Entonces, ¿quién era Wáshington?

E.—Yo.

M.—¿Mis dos espíritus familiares?

E.—Yo, yo.

M.—¿El sacerdote tal?

E.—Yo.

M.—¿El héroe aquel?

E.—Yo.

M.—¿Y la multitud de espíritus que han venido?

E.—Yo, yo, yo.

M.—¿Y King?

E.—El Rey del Infierno.

M.—¿Dices verdad alguna vez?

E.—Sí, cuando me conviene.

M.—¿Es verdad que mi padre vive y es rico?

E.—¡Ja, ja ja, ja, ja!!

M.—¿Por qué me lo dijiste?

E.—Por lo mismo que te digo la palabra mala.

M.—Bien se conoce que á tí te echaron del cielo por estúpido!

E...... (no contestó).

M.—I eres un tonto.

E.—¿Por qué?

M.—Porque me desengañaste muy pronto.

E...... (no contestó).

M.—¿Qué dices á esto?

E.—..... (no contestó).

M.—Y tan viejo que eres!

E.—¿Viejo yó?

M.—¿Por qué querías que mortificara á esa señora diciéndole que había muerto su hijo?

E.—Ja, ja, ja, ja!

M.—Has tenido paciencia para contestarme!

E.—Para probarte la simpatía que tú me inspiras.

M.—Tú no eres simpático para mí.

E.—..... (no contestó).

M.—Díme, Satanás: Si te volviéras á Dios ¿te perdonaría?

E.—Sí.

M.—¡¡Cómo!!

E.—Porque Dios es justo y castiga segun las obras.

M.—Vuélvete á Él.

E.—Nó.

M.—¿Por qué?

E.—Es muy laudable la vida estirada.

M.—¿Por qué hablaste tan mal del señor N?

E.—Lo aborrezco

M.—¿Por qué?

E.—Es apegado á la religión, le gusta oír sandeces.

M.—¿Nos tentarás á nosotros?

E.—Con cien cosas los tentaré.

M.—¿Con qué me tentarás á mí?

E.—(Principió á decir con que nos tentaría á cada uno de nosotros.

M.—Pues bien, Satanás; escúchame con atención, y si despues de lo que voy á decirte, tienes algo que agregar, házlo.

Puse mi mano en actitud de escribir.

Señalaré la posición de mi mano con un punto.



Satanás, óyeme pues: *En el nombre de Dios Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y de lo que hay de grande en la Corte Celestial, te mando, Satanás, que te retires de esta casa y nunca el espíritu del mal vuelva a ella.*

¿Tienes algo que agregar á esto?

Mientras que con toda la fé de mi alma y en alta voz decía estas palabras, sucedía con mi mano un fenómeno extraño. El lápiz que tenía en mi mano quedó parado en el punto que he indicado y mi mano se retorció para ámbos lados por dos veces. Era tanta la fuerza que hacía mi mano, que se hincharon las venas de ellas y me causaba dolor hasta todo el antebrazo. Permanecí así por un rato más. El lápiz no se movió nunca más, ni para trazar la línea más insignificante. La mesa no se movió y mi mano cesó de escribir para siempre.

Este fué el fin de las sesiones espiritistas.

Llamé en 33 días á personajes grandes en las ciencias y artes, sacerdotes eminentes, políticos distinguidos, educacionistas, poetas, guerreros, ancianos venerables, damas virtuosísimas, doctores afamados, humildes campesinos, personas de mi familia y en fin un sin número de seres invisibles, que me es imposible enumerar.

Al fin de este tiempo tengo la convicción y puedo decir que en 33 días, me comuniqué y tuve por compañero á Lucifer ó Satanás, Rey de los Infiernos.

¿Es bueno el Espiritismo?

Los Espiritistas nos dicen: «El mundo invisible se divide en espíritus benévolos, jocosos, malos ó burlones; estos mismos también se subdividen con nombres adecuados según el rol que se proponen desempeñar con los encarnados. Los espíritus benévolos nos sirven de familiares, nos acompañan, nos dan buenos consejos y no delatan á nadie.»

En mis sesiones de espiritismo que anteriormente he relatado he visto que los Espiritistas no tienen razón. Es verdad, las primeras visitas que nos hacen estos seres son como de buenos amigos, corteses, reservados, religiosos si conviene, sin acusar á nadie: en fin, son unos invisibles que principia uno por quererlos. Pero esto sólo es al principio, mientras así les conviene.

Dios no ha dado al demonio el don de la sabiduría sino el de la astucia y la maldad, es por esto que se ofusca y no desempeña bien ningún papel. Así, al principio se nos presenta de cien modos diversos. Cuando reservado es hasta la exageración, pronunciando palabras incoherentes, que no se les conoce su sentido.

Si devoto predicando la caridad, lo hace con diabólica intención. Si dá buenos consejos es con fin particular, por cogernos en sus redes, y por último como amigo familiar, en la intimidad de la confianza, nos cuenta, nos hace ver los defectos de nuestros amigos y de las personas que amamos, delata las intenciones de los demás, nos descubre secretos de familia, calumnia, miente y nos deja sumidos en la perplejidad más absoluta, desconfiando hasta de los seres que nos rodean y que nos son más queridos. Un caso reciente: Debía efectuarse un matrimonio; un espíritu familiar le dice á él: La joven que tu amas no es lo que parece, pero puede ser que seas dichoso! A ella: El ama con delirio á N., á tí muy poco.....

Otro: una virtuosa niña que hace la delicia de dos seres que la han adoptado por hija; el día menos pensado un espíritu le dice á él: Esa á quien quieres como á hija, le infunde á tu esposa que te desprecie, arrójala de tu casa.....

No entraré á comentar ambos hechos, se supone fácilmente el efecto que causaría en ambos casos, tal revelación.

Esposas inocentes separadas de sus maridos; negocios deshechos, empresas llevadas á cabo sin asunto, nada más que por hacer gastar á sus dueños; amistades turbadas

por calumniosas revelaciones: esto y mucho más sucede con el espiritismo.

Cuando con sin igual hipocresía un espíritu está dándonos un consejo y preguntamos algo útil de moral ó cosa parecida, cambia en el acto la decoración. La conversación es interrumpida por insultos groseros, palabras repugnantes, obscenidades terribles que la virtud y la inocencia jamás deben oír.

Veamos lo que dicen los doctrinarios espiritistas al oír la retahíla de palabras inconvenientes. Con semblante tranquilo y muy satisfecho dicen: ¡ha llegado un espíritu jocoso, dejemos que se vaya!

Es como si se dijera: ¡lo dice quién todo lo puede!

Supongamos que realmente otro espíritu viniera á interrumpir al primero. ¿No resulta ser inmoral el espiritismo, puesto que en un santiamén quedan escandalizados los que oyeron las barbaridades que soltó el muy bellaco del espíritu burlón?

Convengamos en que esos seres tan santos que se presentan, carecen de energía por completo. No quieren imponer silencio á tan locuaces espíritus. No cabe duda: en el mundo invisible, tienen preponderancia los malos, los buenos quedan callados, es decir, allí prevalece el error contra la verdad.

No es posible que se reciban con la sonrisa en los labios las murmuraciones del prójimo. Denunciados en alta voz los secretos de familia y por solo el hecho de ser los espíritus quiénes lo dicen, ¿se toleran semejantes especies?

¿Un padre de familia toleraría que en el hogar de su esposa se vertieran espresiones descorteses é inconvenientes?

¿No señalaría la puerta al majadero que tal se permitiera?

El caso con los espíritus es completamente igual; pero estos tienen más suerte, porque se les deja en libertad para hacer ó decir lo que quieren; mientras aquél fué castigado arrojándolo á la calle.

No merecen los espíritus familiares, ó sea el espíritu infernal, que la jente seria de este mundo preste atento oído á las *nimias* verdades que suelen decir, para encadenar en seguida las calumnias, delaciones y los planes infernalmente combinados.

Los consejos que dan, son tan ligados y confusos, que si los oyera un niño, diría: «son los cuentos de las mil y una noches» y concluyen por no saberse si los avisos son ciertos ó mentiras.

Yo afirmo que los avisos no salen ciertos. Cuando llamaba cientos de cientos de espíritus, sin que se les preguntara decían que vivía mi padre. Se recordará que escribí tres cartas á E. U. preguntando si era verdad... Recibí contestación á mis cartas diciéndome que habían cumplido mis encargos con exactitud y agregaban: La persona que ha dado a Ud. tal noticia está mui equivocada. Cuando recibí estas cartas yo bien sabía su contenido, sabía muy bien que había sido un juguete del mismo diablo como que el mismo lo dijo.

Admira que hombres de ciencia, personas de buen sentido se dejen sugestionar por las rarezas del espiritismo. Desgraciadamente hay afiliados á esta que llaman doctrina, desde el hombre más encumbrado por su ilustración y fortuna, hasta el labriego ignorante que cree de buena fé que á su llamado vienen los seres queridos, el hijo, la esposa, la madre; que conversan y que le hacen compañía.

Yo pregunto, ¿cómo pueden creer por largo tiempo?, ¿cómo pueden escribir grandes volúmenes sobre espiritismo?

¿Acaso á esos escritores, pueden satisfacerles las contestaciones antojadizas, las evasivas, las palabras dudosas, las fórmulas vagas, las largas y confusas disertaciones con que embroman los espíritus?

Las conversaciones mejor coordinadas y expresadas con más claridad que tuve con los espíritus, fueron

aquellas en que hacían mover mi mano para calumniar y desprestigiar á jentes verdaderamente virtuosas.

Ahora, si nos fijamos en lo que hacen los espíritus en las sesiones llevadas á más alto grado, porque el *Medium* mientras más ejercitado está en el arte espíritico, oh, se ven las más detestables extravagancias.

Apuntaré las más sencillas ocurrencias, tomadas de fuentes fidedignas y de escritos firmados por notables personajes.

Cuando en esas grandes sesiones se presenta un espíritu pidiendo la obscuridad, jeneralmente, y amenazando retirarse si no se le concede, los concurrentes en la sala se apresuran á complacerlos y apagan todas las luces y queda la reunión compuesta las más veces de señoras, señoritas y caballeros, completamente á oscuras.

Luego, las llamitas por los techos, los globitos de fuego en el espacio, los golpes por todas partes, es la señal evidente que el fenómeno principia.

Todo es tan singular y misterioso que nadie retrocede, por el contrario; ávidos de emociones esperan nuevas maravillas que muy luego se han de presentar.

Se sienten tocar instrumentos músicos, los muebles cambian de lugar, brazos vigorosos que oprimen á cada uno de los presentes, manos velludas ó suaves que acarician el rostro; manos que á las señoras les deshacen el moño, que á los hombres les quitan las corbatas; que les dan fuertes palmadas en el rostro y otras mil cosas *peores* y asombrosas.

En otra sesión á oscuras; el *medium* fué tan terriblemente oprimido en el cuerpo, que á los gritos desesperados de éste, encendieron las luces del salón y pudieron prestar auxilio al pobre joven que cayó al suelo sin sentido; al volver en sí dijo: que lo habían oprimido como con unas tenazas de hierro hasta despedazarlo y protestó diciendo que había servido de *medium* sin tener voluntad para ello; pero que jamás volvería á pensar en el espiritismo.

En algunas ocasiones, después de la obscuridad, los rostros de las señoras han aparecido en plena luz, embadurnados con materias viscosas y repugnantes ó con cruces de betún sobre la frente.

Aquí se demuestra claramente ¡cómo sugestiona el espiritismo!

Se conforman, no hablaré de los hombres que por naturaleza pueden soportar fuertes emociones; pero las señoras, las jovencitas, que son llevadas á presenciar esas reuniones, soportan con calma tan extrañas apariciones y se conforman con mostrarse tan feas delante de los demás; ¡Oh poder de los demonios!

Cuando un *medium* ha alcanzado el alto grado de la materialización, se hace la sorprendente prueba de la aparición de los cuerpos: se vé delante de todos, cómo aparece una sombra primero; después la forma de un cuerpo; en seguida la forma, la fisionomía del rostro hasta tomar el parecido de la persona que se ha pedido que reaparezca; luego viene la animación, la vida. Se le vé que mira, que ríe, que habla, dá la mano si se la piden y aún permite que se saque su fotografía. Se siente que su corazón palpita, que acaricia á su madre si es que sea una hija.

Estas cosas y muchas más, es verdaderamente cierto que puedan aparecer en una sesión de espiritismo.

Pero vamos al caso: Qué haya apariciones, que se oiga, que se palpe. ¿Qué se saca de todo esto?

Los sabios ¿qué han avanzado en tantos años que se ha efectuado la materialización? ¿Cuál es la utilidad que deja este fenómeno á esa obscurecida concurrencia?

¿La ciencia ha sacado alguna vez un solo beneficio de todo esto?

Todas esas apariciones no son otra cosa que una batahola; no es enseñanza científica ni enseñanza de virtudes.

Aquello no es más que un entretenimiento horripilante, jugadas groseras y actos inaceptables.

¿Cómo podemos ofuscarnos tanto, hasta creer que son

las almas de los que mueren que vienen al llamado de un niño, ó de un vagabundo si es que éste tiene la facultad de ser *medium* y que abusando de esa fuerza superior, hiciera esos llamamientos para vejar á los muertos?

¡ Cuan doloroso sería para nosotros, si bien nos fijamos, que nuestros seres queridos que ya no existen, dejaran el lugar donde reposan para venir á charlar con los vivos!

No, y mil veces no: ellos no vienen.

Creo que el mundo invisible donde el Altísimo ha colocado á las almas de los que mueren, debe estar sujeto á reglas, como está el Universo, como está todo en el órden natural de las cosas.

Los espíritus no vienen. El que viene y exclusivamente solo es el espíritu del mal, al que llamamos demonio.

Si al espiritismo se le quiere llamar doctrina, no lo es: es algo que oscurece en el ánimo la luz de la razón; esparce en ella tinieblas, que es muy difícil disipar.

El espiritismo, pues, no es ciencia moral ni religiosa.

No es ciencia porque nada enseña. No es religiosa porque no tiene principio.

Creer en el espiritismo, es querer envilecernos.

El espiritismo es malo; creyendo en él, creemos en el poder del demonio; perdemos nuestra dignidad y aún hasta la razón.

¿Es útil el Espiritismo?

Creí útil el Espiritismo porque llegué á imaginarme que los espíritus serían muy sabios. Si todo lo ven, decía yo, ¿qué de cosas útiles nos dirán!

Pero, como he demostrado en mis sesiones espíriticas nunca encontré que me dijeran algo nuevo, jamás me dieron luz sobre algo que les preguntara. Hubo alrededor de la mesa espiritizada, personas inteligentísimas é ilustradas que deseaban obtener una respuesta de algo interesante para todos, ó cosas satisfactorias de lo que pasa

en el mundo invisible; pero jamás se consiguió. Cuando parecía que iban á contestar, hemos visto los insultos, la charlatanería con que terminaban.

Pues, si no pueden contar lo que sucede allá ó cosas que sean nuevas entre nosotros, ¿para qué se nos presentan?

Si cuando hablan los espíritus, tenemos que pensar, consultar si será esto ó aquello lo que dicen y siempre nos quedamos con la duda. ¿Para qué nos sirven los espíritus? ¿Cuáles han sido los inventos, cuáles los tesoros descubiertos por medio del espiritismo?

El minero por qué se fatiga, allá entre las montañas, buscando la riqueza de la tierra, cuando con su espíritu familiar y su combo y su barreta llegaría sin tropiezo donde estaba el codiciado metal?

¿O se querría decir que esas grandes ideas que aparecen alguna vez en el cerebro de los hombres son dictadas por espíritus familiares?

Supongamos que esto fuera así ¿y por qué esos seres después de inspirar á los hombres ideas tan grandiosas los abandonan á su propia suerte, cuando tan fácil sería que el espíritu benévolo tomándolos de la mano los condujera á la gloria?

Nó, no son los espíritus los que dan esos inventos; esos son destellos del mismo Dios que manda de vez en cuando á las creaturas para manifestar su grandeza.

Si hubiera algo de verdad: ¡qué de bellas ilusiones se realizarían por medio del espiritismo!

Oigamos ahora lo que dice el gran espiritista Allan Kardec: «Los consejos que dan los buenos espíritus, deben someterse al buen criterio y para juzgarlos se necesita saber juzgarse á sí mismo.»

Ateniéndonos á esto, es mucho lo que se necesita. Es tarea muy difícil la que imponen los buenos espíritus. Esto solo bastaría para renunciar á ser espiritista.

Tener un buen criterio y saber juzgarse á sí mismo, me inclino á creer que es problema no resuelto todavía:

esto nos lo dice la propia experiencia; veamos lo que dicen á este respecto autores respetables:

«Los hombres de mayor talento desechan muchas veces, con mayor energía las más evidentes verdades, y lo más difícil es conocerse á sí propio.» — *Dr. Leroy.*

«Conocerse á sí mismo es el más difícil conocimiento que puede imaginarse.» — *Cervantes.*

Según esto no estamos seguros de tener aptitudes para juzgar á los espíritus.

¿De qué nos sirve entonces el espiritismo?

No nos sirve de nada, lo que es motivo de confusión. Lo que es verdaderamente un caos; no hace más que obscurecer la razón.

Allan Kardec, abogado de los seres invisibles, lejos de esclarecer la doctrina que preconiza, sus mismas máximas nos sumerjen en un caos.

La verdad debe manifestarse sin dudas y sin ambajés.

El Espiritismo, no sirve, porque lo despreciable no es útil.

No conviene el Espiritismo en la familia

La intimidad de los seres invisibles con nosotros los vivientes, es algo como que no se hermana. Por más que nos hagamos los valientes á veces un golpe dado sin saber el motivo, un repiqueteo con los dedos á la cabecera de nuestra cama, nos llena de un pavor inusitado.

Difícil será encontrar entre cien personas, una que no cuente por lo menos y principie de este modo: yo nunca he sentido nada; sólo una vez estando en mi pieza, sentí pasos y en seguida se sentaron á mi lado; encendí luz creyendo que era el gato y no había absolutamente nadie; confieso que me dió *calor*. Esto es por no decir tuve miedo.

¿Qué es el miedo? Es una sensación que sentimos de improviso, que crispa nuestros nervios sin darnos tiempo

para discernir la causa que la produce, es un sentimiento instintivo de temor.

Pero de todos modos, estos miedos instantáneos y frecuentes casi siempre se refieren á lo desconocido.

Estas sensaciones tan comunes, sobre todo en los niños y particularmente en las niñas de corta edad, suelen tener á la larga fatales consecuencias, que es conveniente evitar; no permitiendó que oigan conversaciones de ánimas de espíritus ó de aparecidos. Esto es tocante á los niños.

Veamos que les sucede á los grandes respecto del espiritismo.

Conozco á madres espiritistas, que para entrar á una pieza llaman á uno de sus hijos para que les hagan compañía. Una sombra les espanta.

Hay algunos otros que se quedan escuchando, en cualquier lugar que se hallen, lo que les comunican los espíritus. Otros aún en la calle, sacan su lápiz y el libro de apuntes para escribir lo que les anuncia su espíritu familiar. Esto que al parecer es locura, sin embargo no lo es todavía.

El espiritismo sugestiona de tal modo, que una vez ejercitándose en ello, el espíritu infernal se adueña del ánimo de las gentes. El espiritista á toda hora, á cada momento cree ver algo desconocido y sobre natural, se siente un no sé que, que no podemos explicar, pero que nos espanta.

En esos días de espiritismo, al encontrarme sola, temblaba: una hoja al moverse me alarmaba.

Mi familia educada sin ideas de miedo ó de temor, ahora cada uno de los niños sentía un miedo irresistible.

No se esperaba la noche sino á la luz del pleno día los ¡ay! se repetían sin cesar. No se oía otra cosa que, «¡habrá sido un espíritu! «¡Siéntese á mi lado para que no haya un espíritu! «Los espíritus rodean mi cama, decía otra.»

Yo trabajaba lo que no es decible por estirpar ese miedo; pero no lo conseguía.....ni conmigo misma!

La luz del gaz era insuficiente, fué necesario poner acompañantes en la pieza de los niños.

Era un miedo tan horrible que ya no dejaba paz. Este estado de exaltación debía, naturalmente, tener su resultado. Yo, siendo de una constitución sana, me sentía débil y triste, sin saber por qué. La familia toda, nerviosa y con las caras pálidas á consecuencias de no poder dormir, sin ganas de comer y durmiéndose en mitad del dia.

Aunque desde un principio, traté de alejar á los niños de mis sesiones *espiríticas*, pero se comprende que eso debía ser inevitable.

Era mi familia á la conclusión de los 33 dias de espiritismo, una verdadera calamidad. Como si á una planta sana y robusta le cayera de repente un chorro de agua hirviendo ¡Tal me figuro á mi familia en esos infaustos dias de espiritismo!

Dios permitió que me desengañara. Se acabó el espiritismo y yo y la familia recobramos la tranquilidad perdida y volvimos á nuestra habitual salud y alegría.

Los motivos apuntados bastan para que las madres de familia impidan toda causa que ocasione una conmoción en la salud de sus hijos.

Espiritizar una mesa se hace á veces por broma, pero téngase muy presente, que al hacer este juguete, se juega con el mismo *Satanás*.

Efectos del espiritismo en el organismo de las personas

Consultando la excitación nerviosa que se nota en las personas allegadas al espiritismo, un afamado Doctor en medicina me hizo notar que en el lugar donde entra el espiritismo se pueblan los manicomios.

Esto corrobora con tres personas que conozco. «Yo creo que me volveré loco» dice un señor que vive muy pendiente de lo que le dicen los espíritus. Otro ya ha estado

en el manicomio. Y otro se lleva escribiendo á obscuras los consejos que le dan los desencarnados.

Otro espiritista he sabido recientemente, que no emprende negocio alguno sin consultar antes á los espíritus. El Diablo le ha dicho dos verdades insignificantes y esto ha bastado para tomarlo por amigo y gasta sin tasa el pobre caballero todo el dinero que puede, esperando el resultado, y todos le auguran su total ruina.

Pero no es solamente la pérdida de la razón la que ocasiona la conmoción nerviosa; la epilepsia, ataques al corazón, etc. Todo esto es consecuencia natural. De las mentiras y discordias viene mucho malestar, sobre todo en las personas nerviosas y delicadas.

Apariciones

Los espiritistas dicen que son los espíritus familiares los avisadores de cuanto nos sucede.

Los espiritistas se equivocan. Está probado que para que lleguen esos avisadores, tiene que haber primero, gran aparato escénico. Un mueble ó una mesa casi siempre con su respectivo *medium*: después una conversación enredada con las distintas interrupciones; los silencios y gazmoñerías haciéndose los preciosos; decifración de las palabras que escriben y revisión de las palabras por el alfabeto. En toda esta algarabía trascurren dos ó tres horas, entremezcladas con espanto y carcajadas; dicen lo que se les ocurre y los avisos no salen ciertos.

Hay dos clases de apariciones, no confundamos.

Conocemos ya las apariciones del espiritismo.

Veamos ahora la diferencia que hay en las apariciones del cielo. Dios permite á las almas de los que mueren que vengan á este mundo para bien de ellos ó de nosotros. Pero en éstos no hay pantomima, nada que cause sonrisa. Vienen sin ser llamados, no se detienen, no dejan lugar á diálogos; es como si dijeran «voy á una diligencia y vuélvome al instante.» ¿Quién se permitiría la

más leve chanza con esta clase de espíritus? El niño relata con tímida sencillez lo que ha visto ú oído: el hombre serio, el viejo con emoción y respeto.

No podemos negar la existencia de las almas de los muertos, puesto que existe la inmortalidad del alma.

Pero convencémonos: sólo Dios tiene poder para mover estas almas así como tiene para llevarlas. Por esto el demonio que no pierde oportunidad de ejercer su maligno oficio, utiliza la circunstancia de ser él un verdadero transformista: ve las apariciones de Dios y él también quiere imitarlas.

La astucia de Lucifer para hacer transformaciones, no es lo que debe extrañarnos; es recurso indispensable para él.

Lo hace con maestría, porque de lo contrario pronto lo descubriríamos. Conoceríamos la perfidia de sus halagos, su hipocresía, sus mentiras, el espíritu de discordia y su maldad, en fin.

Cuando Aaron arrojó su vara y la convirtió en serpiente, delante de Farahon, no ¿ llamó éste á sus hechiceros, y estos hicieron lo mismo, transformando sus varas en serpientes?

Notemos la diferencia: Los hechiceros no tuvieron poder para volver á transformar las serpientes en varas y la serpiente de Aaron las devoró á todas y se convirtió en vara. Aquí contrarrestó el poder de Dios contra el demonio. Parecido á las verdaderas apariciones y las del espiritismo.

Pero qué raro es esto en el demonio: ¿no hemos visto ahora mismo al transformista Frégoli que en el trascurso de dos horas se transformaba en sesenta distintos personajes de ambos sexos, representando cada uno con naturalidad el rol que desempeñaba?

Ahí, ¿admirábamos á cada personaje en particular? Nó, sólo á uno, sólo al transformista Frégoli.

Si un hombre que no es un diablo, se transforma para

ganar su vida: ¿Qué no hará Satanás por ganarnos á nosotros, por ganar el mundo entero?

Como dice el Espíritu Santo: «El oficio del demonio es andar rodeando el mundo, como un león rugente, en busca de presa que devorar.»

No debe extrañarnos que en las sesiones de espiritismo reaparezca el demonio de mil formas.

Una de las verdades, que me dijo, por mandato de Dios, sin duda, en la última sesión, fué: «Fuí yo, yo, yo, y siempre yó, y después una tremenda carcajada, ¡já, já, já, já, já!»

¿No fué el demonio el que se transformó en serpiente y se introdujo al Paraiso? En la soledad de la montaña, vestido con el ropaje de la soberbia ¿no se presentó él mismo, tentando y desconociendo á su Creador y diciéndole: «¡Si de veras me adorares, te daré lo que señale con mi bastón? ¿Cuándo la Pitonisa de Endor evocó la sombra de Samuel?

Si bajamos la escala social encontraremos al Espíritu del Mal, transformado de otro modo: Internémosnos al bosque, á la montaña; estará allí como adivino ó hechicero.

Penetremos á las ciudades; lo veremos como dama jugetona con los naipes en las manos.

Y en los dorados salones tomando la forma de las almas de nuestros muertos! ¡Qué desvergüenza y qué ceguedad en todos los que creen y le dan el nombre de espiritismo!

Ya lo vemos, el espiritismo de hoy son aquellas mismas prácticas infernales de los antiguos tiempos, representados y renovados, hoy día bajo distintas formas según las ideas y gustos sociales.

El espiritismo es muy antiguo, muy viejo, conocido ántes con nombres diversos; pero que hoy quiere aparecer como nuevo, bajo el nombre de Espiritismo; ¡tal es la astucia del demonio!

Más de una vez he oido decir: «Yo no creo en el demonio». He preguntado, ¿y en Dios? «Oh, eso sí», dicen.

Entonces si no hay demonio; lo bueno y lo malo nos viene de Dios? En tal caso Dios no tendría el arbitrio de la perfección.

Creer de este modo es un contra sentido.

El que introduce entre una familia la discordia, el que tiene mala intención con su prójimo, el que por envidia levanta un falso testimonio, ¿acaso es Dios?

Si es verdad que existen los vicios apuntados solo puede ser del espíritu del mal á quien conocemos con el nombre de diablo ó demonio.

Dios, es la perfección.

Inspiraciones

Así como existe el espíritu del mal, hay que convenir tambien que existe el espíritu del bien al cual damos el simpático nombre de *Anjel de la Guarda*.

¿Quién si nó él, nos dá las inspiraciones que nos dolamos del mal de nuestros semejantes y que deseemos hacerle todo el bien posible? ¿Quién inculca en nuestro corazón la idea de tender una mano cariñosa al anciano al huérfano, al desvalido? ¿Quién, en fin, nos dá compasión y amor por nuestros prójimos y pensar en que somos hermanos?

Si sentimos todo esto en nuestro corazón, convengamos que verdaderamente existe nuestro anjel tutelar ó lo que es lo mismo el *espíritu del bien*, así como existe el demonio ó *espíritu del mal*.

Pues, si tenemos un espíritu que nos guía, que nos exhorta á cumplir con nuestros deberes y sentimos en nuestra alma esa tranquilidad que proporciona el deber cumplido, y que á veces tambien nos dá á modo de consejo una inspiración; ya por medio de un sueño, una idea, una casualidad.

¿Por qué hemos de buscar en el espiritismo inventado por el demonio y secundado por los hombres á esos espí-

ritus familiares que tanto se diferencian de los espíritus angélicos?

Nuestros ángeles de guarda nos dan, sin que le preguntemos, una inspiración y al momento tambien ponen de transparencia y sin rodeos lo que nos conviene seguir.

¿Quién no habrá tenido una idea repentina, y en el acto mismo una especie de consejo que le ha hecho seguir algo que le conviene para su propio bien?

Un caballero se encontraba en una casa de campo distante de su familia. Era la media noche y durmiendo como estaba, oye una voz que le decía:

Van á matarte: el revólver que dejáste debajo de tu colchon, ya no está. Despierta, y espantado echa mano al arma que dejara días ántes en ese lugar, y no la encuentra. Corre á la puerta á que él mismo ha echado llave la revisa, está con llave; pero la chapa está suelta y sobre puesta.

Luego el aviso fué un consejo oportuno; porque el caballero tomó sus medidas y evitó la desgracia que irremediabilmente habría sucedido.

¿Pero quién no podrá referir inspiraciones como la anterior?

Las revelaciones ó inspiraciones de los espíritus angélicos son oportunas y verdaderas, no hay en ellas nada discordante, todo es breve, fácil y sencillo; como que es obra de un ángel mandado por la Providencia.

Los avisos de los ángeles pueden llamarse avisos-consejos.

Los del espiritismo no son ni avisos, ni consejos; no son más que espiriterías mal urdidas é intencionales. Nada cierto nos avisan después de ofrecerse á ser nuestros compañeros.

¿Pero el demonio qué puede avisarnos?

Los espiritistas se ofuscan cambiando al espíritu celestial que al nacer nos donó el mismo Dios para que fuese nuestro compañero ¡por un espíritu transformado!

Revisemos el oficio de los ángeles desde los antiguos

tiempos hasta hoy, siempre el mismo; llevando y trayendo misiones de paz.

Angel y nó demonio anunció á María la Encarnación del Divino Verbo. Angel el que avisó á los pastores el nacimiento del Hijo de Dios. Angel el que confortó en el Huerto al Salvador del Mundo, y el que guió al joven Tobías. Angel el que dió fuerzas y enerjías al inmortal Colon para descubrir el Nuevo Mundo, y Angel el que cada día nos inspira buenos sentimientos y el que nos acompañará hasta la muerte.

He tratado de probar como he podido, que el espiritismo es más que *un solo* espíritu transformado con mucha arte, mucha malicia.

No olvidemos que la doctrina espiritista tiene por jefe á Satanás.

Al prohibir la Iglesia bajo pena de excomunión mayor la doctrina espiritista, lo ha hecho con la prudencia de una buena madre para librar á sus hijos que caigan en un abismo.

¡Acatemos su voluntad!

Conclusión

Al terminar la lectura de esta obrita, se presentará espontáneo y natural á la mente del lector un pensamiento: existe el espiritismo; sus fenómenos reales y mil veces comprobados en todo el mundo, y por toda clase de personas son la prueba más clara é irrefutable de lo sobrenatural.

¿No hay nada más allá de la vida presente? Pues, ¿cómo explicarán los ateos y materialistas los fenómenos del espiritismo? No los explicarán, los negarán talvez; como lo han hecho con la vida y prodigios del Salvador y de los Santos; pero negar no es probar, negar hechos evidentes, de los que la historia y el mundo dan testimonio, es confesar implícitamente la propia ignorancia, es esforzarse en ocultar una derrota que la obstinación

y la terquedad patentizarán más y más á los ojos de los hombres que piensan y discurren.

No, ateos y materialistas, en vano tentáis negar lo sobrenatural..... el espiritismo os confunde. Satanás os dirá que mentís, que el alma no muere, y que más allá de la presente vida hay otra, misteriosa sí, pero real, en la que el hombre recojerá el fruto de las obras buenas ó malas sembradas en la presente.

FIN



INDICE

	PAG.
<i>A las madres de familia</i> — INTRODUCCIÓN.....	3
<i>Historia del Espiritismo</i>	5
<i>¿ Existe el Espiritismo ?</i>	13
<i>¿ Debe creerse en el Espiritismo ?</i>	16
<i>¿ Es bueno el Espiritismo ?</i>	44
<i>¿ Es útil el Espiritismo ?</i>	50
<i>No conviene el Espiritismo en la familia</i>	52
<i>Efectos del Espiritismo en el organismo de las per- sonas</i>	54
<i>Apariciones</i>	55
<i>Inspiraciones</i>	58
<i>Conclusión</i>	60



INDICE

3 A las madres de familia — Introducción
5 Historia del Espiritismo
13 ¿Existe el Espiritismo?
16 ¿Debe creerse en el Espiritismo?
44 ¿Es bueno el Espiritismo?
50 ¿Es útil el Espiritismo?
52 No conviene el Espiritismo en la familia
 Escuelas del Espiritismo en el organismo de las per-
54 sonas
55 Apariciones
58 Inscripciones
60 Conclusión

4 folios
2 libros



